

CHAPUCEROS / BUNGLERS

Santiago Vaquera-Vásquez

Cristián pasó por mi cuando me dieron de baja del hospital. Me dijo que había hablado con el decano y la uni me dio un semestre libre para la recuperación. Cristián me explicó que varios de mis colegas habían preguntado por mí e incluso hubo una recolecta.

Así que, me dijo con una sonrisa, esta noche te toca disparar los tacos.

Lo último que recuerdo era descender. Miraba hacia la superficie del lago y veía como se alejaba. Sentí que alguien me abrazaba desde abajo, unas manos que querían llevarme más abajo, para conocer el fondo. Luego todo oscureció.

Camino a mi casa, casi le pregunté si sabía llegar ya que conducía en la dirección contraria. Me acordé de que ya no vivía en la Casa Luciérnaga, ésa era la casa de Leah. Mi casa era una pequeña a unas calles del lago. Al pasar por allí, cerré los ojos. Cristián lo notó y me dijo que todo iba a estar bien.

Al llegar, para distraerme un poco, me contó de un proyecto de escritura creativa que hizo con su clase de cultura popular latina. Entró a la clase con una baraja de cartas grandes. Cada una tenía una imagen: una foto tomada por Cristián en algún viaje, imágenes recortadas de comics —en particular de la serie *Love and Rockets* de los Hermanos Hernández— o de alguna revista. Cada estudiante escogía una carta al azar, sin ver qué les tocaba. Al darle vuelta, tenían que escribir un cuento inspirado en la imagen. Los textos luego fueron presentados en clase. El ejercicio fue todo un éxito, me dijo y me pidió que le proporcionara algunas imágenes de mi campo para su colección. Sonreí.

¿Les va a interesar cuadros de mosaicos romanos o bizantinos?
¿El jardín de Livia, o los mosaicos de Harbiye, por ejemplo?

Cómo no, me contestó. Les va a encantar.

A Cristián lo conocí poco después de que llegamos Leah y yo al pueblo. Estábamos nerviosos con la idea de mudarnos al upper Midwest, a un pueblo pequeño entre Madison y Milwaukee. Fuimos porque me habían contratado como jefe del departamento de arte. Cuando me llegó la oferta para solicitar, Leah y yo miramos el mensaje y nos preguntamos, ¿Dónde? A la vez, ya teníamos demasiados años en el valle central de California y la oportunidad de dejar el pueblo pequeño cerca Fresno nos parecía interesante. Lo que más nos daba miedo era vivir en un pueblo donde no había cultura hispana. Siempre habíamos vivido en California, rodeados de una cultura rica y plena y natural a la región. Sentíamos que íbamos a llegar a ser outsiders.

Lo que no esperábamos era encontrarnos con una comunidad hispana pequeña pero arraigada. Había gente que tenía varias generaciones en la región y también gente que llegó recientemente, como Cristián y nosotros. Él era también de California, pero del sur. Creció en Los Angeles, mientras que yo crecí en el norte del estado, en el valle central cerca de Sacramento. Leah también era del norte de California, pero de San José. Éramos el Califas Crew: Cristián, profesor de estudios culturales en el Departamento de Inglés; Leah, directora de operaciones en un non-profit dedicado a los derechos civiles de la comunidad hispana e indígena de la zona; y yo, jefe del Departamento de Arte.

Pasamos varias semanas en búsqueda de una casa. Leah quería uno con carácter, uno que sería un buen lugar para hacer reuniones o fiestas o simplemente para relajarnos después de un día estresante. Localizamos una que en principio fue una tienda de abarrotes de uno de los barrios antiguos. Cuando se cambió la zonificación del vecindario, la tienda se remodeló en residencia. Todavía mantenía algún aspecto de pequeño supermercado, sobre todo en las ventanas que daban a la calle y el hecho de que la fachada casi llegaba a la banqueta. No había yarda. Pero sí tenía un jardín espectacular, con un porche cubierto que era perfecto para desayunar y mirar al patio. Por las tardes, salían luciérnagas que volaban por entre las plantas. Comenzamos a llamar la casa, Casa Luciérnaga.

Mientras Cristián me preparaba un café en la cocina de lo que comencé a llamar mi Casa Capullo, saqué los documentos que me habían entregado en el hospital. Uno era una receta para un

medicamento para la depresión. Otro era una lista de citas con un terapeuta. Contemplé la pulsera que me habían puesto en el hospital. Blanco con mis datos en negro. Miré por la ventana de la sala, hacia el árbol grande que cortaba mucha luz en la casa y hacia el cielo. Pronto estaremos en invierno, le dije cuando entró con el café.

Hace un año, volví a encontrarme con Benu. No la había visto en siete años. Estuve en Alanya, en Turquía, trabajando en una excavación de una casa romana en Syedra. Una tarde, después de un día caluroso en el campo, pasé a caminar por la ciudad. Buscaba algo para cenar y me acordé de un lokanta cerca del puerto. Estuve sentado en la terraza cuando sentí que me miraban. Alcé la mirada y allí estaba. Benu. Sentada en una mesa cercana. No me lo creía, aunque ella no estuviera sorprendida al verme. La última vez que nos encontramos fue en Nueva York. Habíamos pasado el día caminando por Spanish Harlem antes de irme a Newark para tomar un vuelo a Barcelona. No lo sabíamos en ese momento, pero era el final de nosotros: en el vuelo conocí a Leah.

Desaparecer de nuestras vidas no era raro: a lo largo de los quince años que nos conocíamos ya lo habíamos hecho varias veces. Era como si supiéramos que aunque no estuviéramos juntos, que en cualquier momento nos encontraríamos. Casi siempre las separaciones duraban varios meses, un par de veces estábamos fuera de contacto por un año o año y medio. Siete años era mucho y al tercer año de no verla, pensaba que ya el curso de nuestros reencuentros había acabado.

Antes, siempre pensaba que la reencontraría en alguno de mis viajes, al salir de un café o una librería o el cine, allí estaría. O tal vez me mandarían algún mensaje, Qué onda, chapucero, o algo así. Siempre me llamaba chapucero. Es que yo sufría de un sentimiento fuerte de incomodidad en situaciones sociales, prefería quedarme alejado del centro y nunca sabía lidiar con lo que creía que eran los códigos que todos habían recibido en algún momento de sus vidas: códigos que yo nunca recibí. Siempre me sentía alejado del mundo. Torpe en la conversación. Torpe en situaciones sociales. Torpe en general. Chapuzaba por la vida; miedoso de hundirme. Benu lo

sabía y procuraba intentar mantenerme en contacto. Cada vez que me notaba nervioso o incómodo, me tomaba del brazo. Era su manera para recordarme que estaba allí, que no estaba solo, que me apoyaba. Claro, si me escuchara decir esto, me diría que No, no era para eso. Lo que me pasaba era que necesitaba apoyarme y como no había ningún tronco de árbol cerca, me aferraba al tronco más cercano, o sea tú.

Al resignarme a la realidad de que ya no estaría en mi vida, intentaba fortalecerme para lidiar con el mundo. Leah me ayudaba, aunque nunca llegó a entender mi sentimiento de incomodidad. No era fácil. Mi matrimonio no llegó a cubrir el vacío que llevaba por dentro, el sentimiento de que siempre estaba fuera de sincronía con el mundo. Me acusaba de siempre estar evasivo, de no dejarla acercarse. Le decía que no se preocupara, que la consideraba la más cercana a mí, que no quería evadirla. Y la verdad es que sí me lo creía. Benu y yo pasamos la noche entre risas y chistes. Parecía que no nos habíamos visto en un par de semanas: no actuábamos como amigos que no se veían en siete años. Estaba en Alanya porque había aceptado ir de vacaciones con unos amigos a Antalya. Al tercer día de estar tirados al lado de una piscina de un hotel de lujo, se dio cuenta de que no quería eso. Dejó a los amigos con la excusa de que quería ir a ver unos parientes que vivían en Alanya y que no se preocuparan, regresaría en unos días.

No sabía que tenías parientes en Alanya, le dije.

¡Claro que no! Pero necesitaba una razón para escaparme de esos burgueses que me querían tentar con una vida de small talk y chisme al lado de una piscina en un hotel de lujo.

A Leah le encantaba esa vida. Cuando la conocí, me insistió de que no le interesaba para nada. Quería una vida de libros, de conciertos de rock y de charlas sobre cine independiente. Quería viajes a trabajos de campo, a excavaciones de sitios arqueológicos. A los pocos meses de ir a varios conciertos ruidosos en clubes pequeños en San Francisco, me dijo que ya era tiempo de portarnos como adultos. Cuando me perdía en librerías, ella se iba a alguna tienda de moda o me esperaba en un bar con un vino o cóctel. El primer verano que la lleve conmigo a una excavación en las afueras de Ankara, aguantó tres días y después optó por quedarse en el hotel. En el momento que acabó mi trabajo, nos hizo ir a Çeşme, a un hotel de lujo al lado del Egeo.

El resto del mes que estuve en Turquía lo pasé con Bensu. A los pocos días de estar juntos, llamó a sus amigos y les dijo que se iba a quedar más tiempo con sus parientes. Les prometió reunirse con ellos en Estambul al final de las vacaciones. La semana después de reunirnos, se fue a Estambul para ver a sus padres y a los amigos. Regresó unos días después, aliviada de haberse salvado de los amigos. De Alanya nos fuimos a Hatay, para ver unos mosaicos recién descubiertos en Harbiye.

En el mes que pasamos juntos, nunca me preguntó qué había pasado en mi vida en los siete años de silencio. Ni yo a ella. Me imaginé que sabía de mi matrimonio: aunque no llevaba el anillo puesto por el trabajo de campo, se podía notar la marca en el dedo. Por lo menos los primeros días. En Alanya, nos quedamos en hoteles distintos. Cuando nos fuimos a Hatay, nos quedamos en el mismo hotel, pero en habitaciones separadas. Hablaba con Leah cada semana, casi siempre antes de acostarme. Aunque Bensu y yo tuvimos una relación muy intensa, eso fue hace años. En ese mes que viajamos juntos, casi al final del viaje no sé qué me entró, pero una noche la intenté besar. Se molestó mucho y no nos vimos por un día. Al día siguiente, le pedí perdón por el beso, no fue mi intención. Me dijo que no pasaba nada y lo consideraba ya algo en el pasado. El resto del día seguimos como antes, entre risas.

Regresé a casa muy contento. Eufórico, tal vez. Al recogerme en el aeropuerto de Madison, noté que Leah también estaba muy contenta. Camino a casa, me dijo que un antiguo amigo venía a la universidad como profesor visitante. Era físico y estudiaba agujeros negros.

¿Desde cuándo tenemos un departamento de física en el college? Le pregunté.

Bueno, la verdad es que no va a estar, va a estar en Madison. Pero como no queda tan lejos, lo veo como si estaría con nosotros. Me explicó.

Luego me dijo que lo había invitado a cenar a casa para la siguiente noche.

Súper, le contesté. ¿Invitamos también a Cristián?

¡Claro! The California Crew in da House!

Hub era un físico alemán que antes trabajaba en Stanford. De mediana estatura con el pelo corto y rizado, al conocerlo me recordó

a un teddy bear. Creo que Leah también lo pensó, ya que en algún momento le oí llamarle Osito. Llegó a nuestra casa un poco tarde. Leah me explicó que era como los trenes alemanes, siempre retrasado. También me dijo que todo lo que se pensaba de Alemania, como país eficiente y serio, no era verdad.

¿Cuándo estuviste en Alemania? Le pregunté.

No me escuchó. Siguió arreglando las flores de la mesa.

Cristián llegó justo a tiempo. Los peruanos no solemos ser tan puntuales, me dijo, pero mi ex esposa es mexicana de la Ciudad de México y no te imaginas lo puntual que es. Me traumó con la idea de llegar tarde a cualquier evento.

La cena fue todo un éxito. Leah contrató a una señora mexicana que preparó unas enchiladas con mole, arroz blanco y unos frijoles negros que me dejaron con la boca hecha agua. Le pregunté a Leah dónde conoció a la señora Yadira y me dijo que fue una recomendación de una de las activistas en su trabajo. Me comentó que la señora también limpiaba casas con su hija y que tal vez deberíamos contratarlas. Para ayudarlas. No dije nada, aunque me acordé de como mi mamá había pasado parte de mi niñez limpiando casas de gente adinerada y jamás pensé que en algún momento estaría yo en esa posición de contratar a alguien. Durante la cena, Hub y Cristián discutieron los agujeros negros y las maneras para describir un vacío. Leah entró de vez en cuando a la conversación. Yo me quedé mayormente callado, pero con una sonrisa en la cara. En un momento salí a hablar con la señora Yadira para agradecerle la cena increíble y que me recordó a la comida de mi mamá, ya fallecida. Me puse a ayudarle organizar la cocina, como hacía de niño con mi madre, cuando Leah me pidió que regresara a la reunión.

La señora tiene todo bajo control, no te necesita de estorbo. Me dijo.

Al irnos a dormir, Leah no pudo dejar de hablar de lo divertido que era Hub.

El siguiente sábado, Cristián y yo nos encontramos en el muelle del lago para salir a remar en una barca. Era algo que hacíamos por lo menos dos veces al mes. Fue Cristián que me metió en la práctica. Le encantaba salir temprano por la mañana, remaba hacia el centro del lago donde paraba para descansar y respirar al aire libre. Luego se preparaba un café. A veces llegaba tarde y tenía que conseguir mi

propia barca para alcanzarlo. Los dos en el centro del lago, tomando café y cotorreando.

Cuando nos conocimos, Cristián se quedó asombrado de que yo estudiaba el arte clásico. Cómo es eso, ¿un Chicano entre los Romanos? Le dije que sí, aunque a veces daba cursos survey sobre el arte griego y romano, lo que a mí me interesaban eran los momentos de transición: el colapso del Imperio Romano, la ascendencia del arte Bizantino y la Románica. Me enfocaba en los momentos de convivencia en periodos de colapso y transición rápida: por ejemplo las intersecciones de poniente y oriente en la época de las Cruzadas o la península Ibérica en los siglos de la reconquista.

Acostado en la barca, Cristián me dijo que ya entendía mi interés. Que lo suyo era similar, pero mucho más contemporáneo, más actual. Le interesaban las prácticas híbridas de la cultura popular, que le parecía un sitio de resistencia y contestación a sistemas de poder. Fue en esa primera salida que me introdujo a los cómics latinos, en particular la serie *Love and Rockets* de los hermanos Hernández. Unos días después, me fue a buscar a mi despacho en campus con un paquete de cómics que comencé a leer con avidez entre las reuniones e informes que tenía que preparar como administrador. Las historias de Maggie y las Locas de Hoppers de Xaime Hernández, me captaron por la manera de representar vidas Chicanas de mi generación, los que crecimos en la década de los 80, en transición desde la militancia del movimiento Chicano de las décadas anteriores y que mezclaba la estética punk, la ideología Chicana y la necesidad de construir un lugar propio. Las historias de amores y desamores, de conflictos familiares y generaciones me recordaron mucho a mi juventud, aunque crecí en el norte de California. En particular, me gustó la manera en que los personajes no se quedaban en la misma edad, crecían y envejecían con los años. Maduraban y cambiaban de físico: Hernández representaba toda una vida variada de una comunidad mexicoamericana en los márgenes de una ciudad grande. Los personajes que más me llamaron la atención eran Maggie y Ray, una pareja que pasó la vida entre encuentros y desencuentros, de

amor a desamor a amor. Me hizo recordar la historia de mi relación con Bensu.

Nos conocimos en la universidad, cuando todavía me enfocaba en artes plásticas y tenía un pequeño estudio en el edificio de arte. Para la carrera necesitaba tomar también cursos de historia del arte. Los cursos survey que tomé me aburríeron y evité tomar más hasta que mi consejero me dijo que me faltaba un curso más de historia del arte. Me registré para el único curso que se ofrecía ese semestre, Arte Romano, con un profesor japonés, Profesor Sakamoto. De esa clase tomé dos cosas: mi interés por las transiciones históricas y conocer a Bensu. Bensu me sacó de la envoltura que había construido en mi vida.

Por muchos años, antes de conocer a Leah, tenía una foto que siempre aguardaba en mi escritorio. Después de ver un show de Fugazi, nos fuimos a una taquería en la zona de la Misión. Allí conocimos a unos amigos que también fueron al show y nos invitaron a su depa para seguir la fiesta. Estoy sentado en el sofá, con mi sonrisa chueca y los ojos entreabiertos. Bensu está recostada contra mí, también con una sonrisa chueca y los ojos entreabiertos. Las cuatro de la mañana, en un departamento desconocido en la Mission District de San Francisco. Alguien con una cámara nos tomó la foto y luego no sé cómo, pero nos llegó un par de copias. Me acuerdo de esa noche, no del todo ya que después de la taquería todo se volvió nebuloso, porque el día anterior Bensu y yo nos habíamos encontrado de nuevo después de tres meses incomunicados.

Bensu nunca me llegó a reprochar las ausencias. Las primeras veces sí me impactaron, pero luego me di cuenta de que así éramos. Así, en general, era yo también con los amigos. Leah a veces se fastidiaba porque casi nunca los buscaba. Le dije una vez que no quería molestarles la vida, que seguro tenían sus cosas. Leah me contestó que necesitaba siempre estar en contacto con los amigos. Nunca cambié. Me veía a mí mismo como un gran estorbo y no quería ser una carga.

Una mañana que salimos Cristián y yo en barca, me dijo que estaba releendo un cómic de Love and Rockets, *The Love Bunglers*. Me contó que en parte trataba de la continuación de Maggie y Ray ya

después de décadas de encuentros y desencuentros. Le quise contar lo de estar con Bensu en Turquía. No sabía cómo. Nunca le había hablado de ella a él, ni con Leah. Nunca me pareció necesario hablar tanto de mis relaciones pasadas.

¿Cómo se diría Bungler en español? Le pregunté.

No sé, tal vez chapucero, o torpe. Me contestó.

Una mañana, Bensu me despertó y me dijo que sabía que yo pensaba que en algún momento nos casaríamos. Eso va a ser imposible ya que ambos éramos evasivos con la vida. Somos amantes a la deriva, chapuceros de amor, siempre seríamos torpes en eso. Evadíamos ir más allá que lo superficial y lo que necesitábamos era gente que nos ayudaría escarbar, cavar en la profundidad.

Sé usar una pala, le contesté.

Me aventó la almohada. Tú y yo necesitamos más. Pero por ahora, soy suficiente para ti y tu eres suficiente para mí. Recogió la almohada y se volvió a acostar.

La primera vez que salí a remar con Cristián, notó que estaba muy nervioso. No podía nadar muy bien y todavía cargaba un recuerdo muy vago de como mis padres intentaron enseñarme a nadar. Cerca de la casa había un arroyo donde la comunidad mexicana solía nadar los fines de semana cuando hacía calor. Tendría unos tres o cuatro años y un fin de semanas fuimos al arroyo. Como ya era grandecito, según él, mi papá tuvo la gran idea de aventarme al agua donde estaba mi mamá esperando agarrarme. Mi papá me aventó al aire pero no era suficiente para llegar a mi madre. Empecé a hundirme y me entró un terror a ahogarme que todavía sentía. Cuando finalmente empecé a meterme al agua, prefería chapuzar en la superficie, no me gustaba hundir la cabeza. Años después sí pude, pero de vez en cuando todavía me entraba el terror. Cristián me dijo que no me preocupara. Imposible hundirte, flotas naturalmente, 'mano. Es más, tu chaleco salvavidas te ayuda flotar. Mira. Se paró y se tiró al lago. Lo vi flotar con una sonrisa tonta. Luego me aventé también.

Lo que me gusta de estar aquí, me dijo una vez, es el silencio. Pero también me gusta mirar hacia abajo, imaginar que hay en el fondo. Nadie sabe qué tan hondo es este lago, me afirmó. Watcha,

mira por aquí. Mira como los rayos del sol penetran al agua, pero no van tan lejos. Luego el agua se pone oscuro oscuro. Eso me gusta, ese misterio de lo que hay debajo. Ese azul profundo. Ese misterio me encanta.

Pues yo prefiero quedarme en la superficie, le expliqué. Soy muy shallow. Los dos nos empezamos a reír.

Hacía frío esa mañana. Llegamos en carros separados a la corte. Nos pidieron que llegáramos juntos para firmar los documentos del divorcio. Nos fuimos al despacho que nos indicaron. Entregamos los documentos que finalizaban nuestra unión. Ante la mirada solemne de la encargada de recibir el paquete, firmamos. Primero Leah, luego yo. Me imaginaba que iba a dudar al firmar. Pero no lo hizo. Firmó como se firma cualquier documento, como si no era nada. Me acordé de cuando la conocí en el vuelo de Newark a Barcelona. Cargaba conmigo un libro de Heródoto. Lo tenía a mi lado mientras dormía en la primera parte del viaje. Al despertarme, noté que la chica a mi lado me preguntaba algo. Me quité los cascos y le pregunté, ¿Perdón? Me preguntó si era historiador, por el libro que tenía a mi lado. Le expliqué que no, era estudiante de doctorado en historia del arte. Ella me dijo que había sido estudiante de historia, pero que ahora trabajaba como investigadora en un bufete de abogadas. Le tocaba investigar las historias de ciertos edificios o terrenos. Le gustaba el trabajo, pero le gustaba más el trabajo social, el trabajo con comunidades impactadas por políticas de inmigración o de género. Hablamos un rato más hasta que nos dimos cuenta de que todos a nuestro alrededor se habían preparado para dormir.

Al aterrizar en Barcelona, me acercó la mano y se presentó. Leah.

Dos días después la volví a encontrar al subirme al metro. Iba a la Barceloneta para encontrarme con unos amigos para almorzar. Ella bajaba en Jaume I para ir a conocer la Basílica de Santa María del Mar. Antes de ir a Barcelona, acababa de leer la novela *La catedral del mar*, y tenía ganas de conocer. Comenzamos a hablar de novelas históricas y acabó perdiendo su parada. Le dije que era fácil caminar del metro Barceloneta a la basílica y nos bajamos juntos. Acabo

juntándose conmigo para el almuerzo con mis amigos. Después fuimos al Born para caminar y visitar a la basílica. Me dijo que al día siguiente tenía que irse del país porque le esperaban en París. No llego al vuelo y terminamos viajando juntos antes. Nos casamos a los seis meses en California. En la boda, el pastor contó cómo nos conocimos. Nos reímos mucho. Casi ocho años después, nos despedimos afuera de la corte del condado. Le quise preguntar si quería ir a comer algo. Qué conocía algún lugar en la Barceloneta. Sabía que ya era muy tarde para ese tipo de comentario. Era mediados de octubre y el cielo estaba gris.

Al principio del semestre, a mediados de septiembre, me fui de la casa. No quería irme, pero tampoco sabía cómo quedarme. La decisión de divorciarnos la tomamos a una semana después de mi regreso de Turquía. Estaba en la habitación que usaba como despacho cuando entró Leah para decirme algo. La noche anterior, la encontré en el porche besándose con Hub. Acababa de regresarme de una reunión con unos colegas y decidí a entrar a casa por el patio, ya que me había ido en bici a la reunión. Los encontré abrazados y al verme, Hub intentó separarse, pero Leah lo agarró fuerte del hombro. Me miró. No con cara de culpa. Pero con una de felicidad.

No dije nada y entré a la casa. Me fui a dormir al despacho.

Me preguntó si me acordaba de que ella iba a Barcelona por unos días antes de irse a París. Me dijo que era Hub quien la esperaba allá. Pero al verme en el metro y luego ir a almorzar conmigo, se dio cuenta de que yo le ofrecía otra ruta, otra vida. Conocía a Hub desde años. Se conocieron en la secundaria cuando ella estudió por un año en Alemania. Los dos estaban en la misma clase y conectaron perfectamente. Cuando se regresó a California para teminar la secundaria, pensó que esa época con él era simplemente un momento, lindo, pero solo un momento. Se volvieron a encontrar en el verano antes de comenzar la uni cuando Hub se fue a California para buscarla. Su vida en esos siguientes cuatro años era de viajes a Alemania o a otras partes del mundo. Luego se regresaba a la uni para seguir, mientras que él también regresaba a su vida. Se veían durante las vacaciones y en su tercer año de la carrera, se fue a Colonia

para un programa de intercambio. Después de terminar la carrera, se seguían reuniendo.

Cuando te conocí, me dijo, había entrado en una etapa en donde no sabía si eso era realmente mi camino, mi ruta. No quería una vida en Europa. No me lo imaginaba. Mis raíces están acá. Y cuando te conocí, pensé, tal vez aquí está la puerta. Y estaba feliz. La verdad. Créeme. Aunque no hablas mucho. Aunque te vuelves medio autista en reuniones sociales. Aunque siento que me evitas. Te quiero un montón. Pero cuando Hub me encontró después de años y luego me dijo que se venía a los Estados Unidos a trabajar...no sé. Te quiero un montón, pero creo que más le quiero a él.

No supe qué contestar. Cuando me pidió el divorcio, lo único que pude hacer era aceptar.

Por las primeras semanas, no hice ningún intento por irme de la Casa Luciérnaga. Dormía en el despacho. Desayunábamos juntos y si Hub estaba, me iba al despacho a comer. Una noche, Leah comenzó a llorar. Por primera vez en el año que nos conocimos, Hub me miró con enojo. Deberías haberte ido ya.

Dos días después conseguí alquilar una casa pequeña a unas calles del lago. Cuando la vi por fuera, le comenté a Cristián, Parece una casa sacada de una pintura de Hopper.

O de peli de terror, comentó.

La casa tenía un árbol grande en frente, no entraba mucha luz. De dos habitaciones, con una sala pequeña y una cocina. Una casa para un ermitaño, una casa envoltura, Casa Capullo.

Por lo menos me queda cerca del lago y nos podemos reunir más seguido, le dije a Cristián.

Va, me contestó.

Una mañana fría de noviembre, desperté temprano. Sentía como si estuviera en un sueño. Me vestí y salí de la casa camino al lago. En el camino empecé a llenar los bolsillos de mi abrigo con piedras de varios tamaños. Lo hacía sin pensar en qué hacía. Tenía ganas de silencio. Me acordé de que a Cristián le encantaba remar al centro del lago por el silencio que encontraba allí. Bajé al muelle donde había varias barcas. Como el local donde alquilaba mis chalecos salvavidas

estaba cerrada, decidí salir sin una. La luz de la mañana era tenue. Salía una neblina ligera del lago. Todo parecía sacado de una pintura Prerafaelita, tipo Waterhouse o Millais. Saqué la barca y me puse a remar por entre la neblina.

Mientras tomamos el café. Cristián me contó que él tampoco pudo dormir mucho esa noche. Que también salió temprano hacia el lago con la idea de sacar una barca. Me vio partir del muelle y decidió seguirme. Su plan era sorprenderme y luego nos tomaríamos café en el silencio de la mañana. Cuando vio por la ligera neblina que me había parado y que miraba por el lado de la barca, paró de remar un momento. Sentía que estaba reflexionando sobre algo y no quería molestarme. Sabía que había pasado unos meses terribles por lo del divorcio y quería darme mi espacio. Pero cuando vio que me paré de la barca, empezó a remar de nuevo. Al caer al agua, él se aventó al lago y empezó a nadar con furia para alcanzarme.

Al agarrarme, notó que pesaba mucho y luchó para quitarme el abrigo. Libre de ese peso, pudimos llegar a la superficie. Temía que moriríamos por hipotermia. Con la poca fuerza que le quedaba, pudo llevarme al borde del lago donde comenzó a gritar por ayuda.

Pensé en Leah. Me di cuenta de que no la conocía. No como merecía. Y me di cuenta de que nunca llegué a conocer a nadie. Nunca logré a ir más allá de la superficie. Pensé en esto mientras flotaba encima del lago. Miré por el borde y vi mi reflejo en el agua. Sentí que detrás de esa imagen líquida había algo más, algo que nunca llegué a entender por el miedo, el terror de sentirme realmente conectado con alguien. Me paré en la barca y me dejé caer al lago. Empecé a hundirme. No intenté luchar, no intenté patear hacia arriba: me quería hundir. Quería sentir lo que había debajo de esa superficie. Negro. Negro. Negro.

Desperté en el hospital. Leah estaba dormida en un sillón. Sintió que me movía y se despertó. Me miró con una cara de miedo y luego

de ternura. Sentía que cargaba dentro de ella toda una constelación de emociones. No sabía si darme cachetadas o besarme.

Sentí que me quería pedir perdón por lo que había pasado. Pero no sabía cómo. Le estreché la mano y me la tomó.

Está bien, le dije. Está bien. Todo va a estar bien.